

EL CUPIDO,

PERIODICO SEMANAL

DE

LITERATURA, POESIA Y MODAS,

DEDICADO

AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN MADRID POR UN MES

8 rs.

Se suscribe en Madrid, en la Imprenta
de D. FERNANDO DE CASA-NOVA.

Calle de la Ballesla núm. 4. cuarto pral.

EN PROVINCIAS.

En todas las administraciones de Correos.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN PROVINCIAS POR TRES MESES

50 rs.

LOS ZELOS

ARTICULO, CAPITULO Ó PENSAMIENTO 2. °

¿Quién es el mortal venturoso que no ha sentido los afilados dientes de los celos, semejantes á los del tigre de los vastos yermos del Africa desgarrar su corazon?..... El inocente infante, la cándida doncella cuyo corazon como el cerrado capullo de una rosa no se ha abierto á la luz del sol, para recibir la vida y la muerte con sus rayos; y si fuera posible que dos corazones pudieran amarse en un mismo grado, tal vez desconocerian tambien ese tormento infernal que hace hervir la sangre en las venas y que oprime el pecho con su mano de hierro, pues teniendo reciprocamente una gran confianza en sus respectivos afectos, tendrían fé, y el que tiene fé, no está muy lejos de la felicidad.

Suelen confundirse los celos con la envidia, así cuando decimos M..... tiene celos de F..... padecemos una equivocacion grande, no son

celos es envidia; porque aquella persona hac que padezca con su superioridad el amor propio, bien porque sea mas bella, mas elegant ó tenga mas talento que la otra.

Los celos suelen ser un recurso para los amantes noveles y los necios, para esos que tienen novia solo por decir á sus amigos, fulanita se muere por mí. Sin el recurso de los celos, pregunto yo á toda persona dotada de alguna sensibilidad, ¿qué serian esos angelitos terráqueos? Serian un jardin sin flores, un baile sin orquesta, un pastor sin rebaño, una i sin punto, en fin, nada: sin los celos no sabrian en que emplear los instantes que pasasen próximos á su amada, pues careciendo del talento y la instruccion suficiente para sostener una conversacion que sea interesante y natural, sin que peque en pesada y ridicula, les sirven como de perilla para fastidiar á la inocente y cachazuda victima de su tontería con su importuna fraseología.

Los celos se apoderan y hieren mas fuertemente al corazon del hombre que al de la mujer, es decir, dos hombres aman á una misma

(ó vice-versa) uno es favorecido y otro desechado, y como suele suceder, el que más ama ocupa el segundo lugar; este tiene celos que participan de la envidia, del odio, del amor y la desesperación; y llevándola hasta el último extremo pierde el juicio ó se suicida: la muger se venga si puede cruelmente de su rival y en esto encuentra un consuelo... luego olvida.

Los celos, como todas las afecciones del alma y el corazon, tienen mil fases diferentes, mil fenómenos extraordinarios que varían según el carácter ó educación de la persona celosa.

Una niña inocente, por ejemplo, los siente en su primer amor y llora y sufre en silencio sin confesárselos á su amado.

Una muger amenaza, grita y se desespera.

Ni los filósofos de Europa ni los de las demás partes del mundo, conocidos con los diversos nombres de *gimnosofistas*, *bracmanes*, *fakires*, *magos* & ni ningun otro mortal por sabio que sea, podrá hacer su definición con exactitud.

Los celos han ennoblecido á muchos corazones y han envilecido á otros; los celos han hecho cometer crímenes horrendos á personas sabias y virtuosas, han roto mil veces las leyes de la naturaleza y hecho á los padres verdugos de sus hijos y á los hijos asesinos de sus padres...

Los celos suelen ser como una nube cargada de electricidad que dura un momento; pero suficiente para convertir en cenizas y en ruinas el frondoso jardín, el bosque centenario, la linda choza y el antiguo y fuerte castillo.

Esa horrible pasión (si se le puede dar este nombre) es uno de aquellos misteriosos tormentos del alma que la despedazan, que nos hacen aborrecible la existencia, que tienen colores sangrientos é infernales todo cuanto nos rodea, que impiden que penetre un rayo de luz y de alegría hasta nuestro corazon y escriben sobre nuestra frente un terrible anatema, que hacen huir las más risueñas ilusiones y que deshacen y convierten en humo las más firmes esperanzas, en fin, uno de esos extraordinarios dueños del alma cuyo influjo sentimos, sin comprenderlo.

J. JACOB O DE FUENTES.

LA FLOR DE LA ISLA.

(RECUERDO)

Por Juan Jacobo de Fuentes.

1.º

—¿Cuál?

—Esa muger cuyas miradas enloquecen y que cuando sonríe, parece que sonríe también toda la naturaleza.

—Esa es Luisa, la Condesa de G. . .

La voz de Pablo al contestarme expresó un odio tan profundo, tanta amargura, que no pude menos de mirarlo fijamente; y como si la mirada mía hubiese sido una pregunta, contestó á ella diciéndome:

—La detesto Máximo. . .

—¿Y por qué? le pregunté sorprendido.

—Porque esa muger tan hermosa tiene el corazon de una fiera. . . porque se complace en sembrar remordimientos y en hacer desgraciados, le ha robado su rostro á un angel para vestir el alma de un demonio. . .

—¿Sabes su historia?

—No: voy á contarte un hecho solo y aislado, pero suficiente para juzgarla.

—Ya te escucho.

Mas antes de continuar debo decir á mis lectores, y sobre todo á mis amables y bellísimas lectoras, en qué punto del Globo tuvo principio este diálogo y pasaron los sucesos que voy á referir.

Séguime sin titubear, porque al punto donde quiero conducirlos, es uno de los más hermosos de la tierra: es á Cádiz.

A esa ciudad orgullo de España, tan envidiada de los extranjeros: á esa ciudad que ocupa en nuestra historia un sitio tan honroso, cuna de la libertad y de la civilización española: á esa ciudad Eden de Andalucía, reyna del mar, y que parece haber nacido como Venus de su espuma.

Allí en una hermosa tarde del mes de Mayo, cuando el Sol próximo á su ocaso doraba con sus últimos rayos, sus azoteas coronadas de flores, la cúpula de su Catedral y las cimas de sus torres y campanarios, envolviéndose poco á poco en un manto de pintadas y brillantes nubes y sumergiéndose al parecer en el mar; y cuando una brisa fresca y suave rizaba dulcemente las olas, que venían con rápida carrera empujándose unas á otras hasta chocar contra la muralla, bañándola con su espuma y formando un ligero murmullo; y los *faluchos*, las *escampavias*, los *místicos*, las *parejas* de pescadores y una infinidad de barquillas de todos tamaños, cuyas pequeñas velas triangulares, parecían á lo lejos las alas de una gaviota azotando la superficie del mar, iban ó venían de Puerto-Real, de Rota

ó del Puerto de Santa María cruzándose en todas direcciones y formando mil caprichosos giros: cuando la bahía de Cádiz presentaba un cuadro tan sorprendente, tan magnífico, que no es posible que la pluma lo describa, ni el pincel lo retrate exactamente, entonces hubierais visto entre la multitud de hermosas y elegantes gaditanas que se paseaban sobre la muralla, á la bella Condesa de G. . . y si luego dirigiais un poco mas lejos vuestras miradas, hubieseis visto tal vez á los dos individuos que tan romancescamente empezaron el anterior diálogo, siguiendo con la vista las ondulaciones del vestido de Luisa.

—¿Antes de marchar á la Habana, conociste á Leon del Monte, ó por lo menos oíste hablar de él alguna vez? me dijo Pablo.

—No una, sino veinte veces: todos decían que era muy rico, muy buen mozo y que tenía mucho talento, ya ves que un joven que poseía tantas y tan buenas cualidades no podía dejar de ser nombrado con frecuencia.

—Pues bien, querido Máximo: la nobleza de su corazón, su generosidad, su espiritualismo y la elevación de sus ideas, eran otras tantas cualidades que le hacían mas digno de la estimación general. Sus defectos principales consistían en ser algo arrebatado, en dejarse arrastrar con facilidad por su corazón y en no reflexionar algunas veces todo lo necesario; por lo demás era un amigo franco y leal y el único por quien yo hubiese perdido mil veces la vida.

Guardó Pablo por un instante silencio y luego continuó de este modo:

«Cuando vino la Condesa á Cádiz, después de la muerte del Conde de G. . . Leon amaba con el delirio, el entusiasmo de aquella alma ardiente y vigorosa á una joven del pueblo, á una modista; criatura tan encantadora, que sus compañeras por su hermosura, su candor y porque era natural de la Isla de Leon, la llamaban *la flor de la Isla*.

Los ojos negros, grandes y brillantes de María (este era su nombre) no sabían fingir, su corazón inocente y puro era incapaz de doblez, y correspondía al amor de Leon con toda la fuerza de su alma. Su amante le había jurado mil veces bajo los frondosos emparrados de la Plaza de Mina, y entre los jardines de la Alameda un amor eterno, y ella sencilla y pura creía que un juramento no se olvidaba jamás.

La Condesa, viuda y rica, empezó por abrir los salones á la juventud gaditana y por dar bailes magníficos. Sus modales aristocráticos, su hermosura y talento la hicieron ser la mujer á la moda y el catálogo de sus adoradores era inmenso.

Leon fué presentado á la bella viuda, y para él guardó su mas espiritual mirada y su mas seductora sonrisa: tal recibimiento trastornó sus ideas, é hizo palpar fuertemente su corazón.

La Condesa es coqueta, una verdadera coqueta, pues no todas las que aspiran á serlo pueden con-

seguirlo; porque es necesario que tengan mucho talento y mucha hermosura; Luisa tiene uno y otra. No se enamoró de Leon porque su alma es incapaz de comprender el amor, ó por lo menos incapaz de sentirlo; pero Leon era el joven mas rico, mas elegante y bello de Cádiz y por consiguiente era indispensable que fuese su esclavo. Tanto mas grande era su deseo, cuanto que del Monte se había adquirido la fama de ser un hombre escéntrico y extraordinario. Para conseguir una victoria completa uso de todas sus armas de seducción; la consiguió, y seducido Leon por esa mujer, que sabe dar con tanta facilidad á sus ojos de un azul sombrío, la expresión de la ternura, de la inocencia, del misterio y de la pasión mas ardiente, olvidó poco á poco á María, y su imagen ocupó un lugar mas pequeño en su corazón y su mente.

(Se continuará.)

UNA JUSTICIA

REY D. PEDRO.

(PRIMERA PARTE.)

(Continuación.)

Por este tiempo en Castilla

A conoceros llegué,

Y también haréis memoria

Que mi aventura os conté.

Así que alcancé licencia,

Cabalgadura tomé

Saliendo para esta Villa

El pecho lleno de hiel.

Llego, y me encuentro que es farsa

Cuanto decia el papel,

Volviendo á mi amado dueño

Mi cariño con mi fé.

Seguí amando á la muchacha,

Y ella á mí, y aunque traté

Averiguar de ella misma

La verdad, nada saqué.

Ya hace tres meses y medio

Que de la guerra torné,

Y nada sé que haya habido

De amor con mi amada Inés.

—Pues sois dichoso, Don Diego;

Y á mi me engaña la infiel

Cuando por ella . . .

—Eh! qué diablos!
Mujeres hay mas de diez
Que os consolarán.
—No, amigo,
Mi corazon es de Inés,
Y luego, qué se diría
De mi valor y mi prez?
Dirían que por cobarde
Cedí el campo.
—Y no sabeis
Aun donde vive?
—Sí, amigo,
Si está donde la dejé.
Si gustais podemos ir,
Y compañía me hareis.
—No pensais en ver la fiesta?
—Otro día la veré.
—Vames pues, señor Don Juan.
—Contad conmigo, Garcés.—
Y esto diciendo, los dos
Se alejaron del vaiven
De la gente, y se marcharon
Para nunca mas volver.

II.

Una casita de modesta hechura,
Aislada muestra su caduca frente,
En un llano cubierto de verdura
Y á orillas de un arroyo transparente.
Mas aunque pobre, tiene por adorno,
Lirios, jazmines, rosas y arrayanes,
Despidiendo su aroma de ella en torno
Los cálices de rojos tulipanes.
Una muger allí, jóven y hermosa,
Goza aunque triste de belleza tanta,
Mas su rostro marchito cual la rosa
Espresa la aflicción que la quebranta.
Y ni es bastante á mitigar su llanto
Los perfumes que vuelan de las flores,
Ni de natura el celestial encanto,
Ni los trinos de alegres ruiseñores.
Solo sabe llorar, su desconsuelo
Remedio no halla en cuanto ven sus ojos,
Y llenos de dolor los alza al cielo
Pidiéndole al señor piedad de hinojos.
Así su vida pasa desgraciada
La bella Inés, pues ella es la que llora,
Por D. Diego y D. Juan abandonada,
Hermosa y sin amor, flor inodora.

Y era digna de consuelo,
La infeliz Inés nacida,
Pues un martirio es su vida,
Su hermosura un torcedor.
Ella se acusa de frágil,
Ella maldice su suerte,
Ella demanda la muerte,
Cual remedio á su dolor
Sola con vieja achacosa

Vive olvidada del mundo,
Sumida en dolor profundo
Que marchita su ecistir.
Ni de Diego tiene amor,
Ni de Don Juan tiene el pecho,
Uno y otro en su despecho
Buscan término al vivir.
De allí los dos hasta el campo
Salieron á acuchillarse
Con rencor, hasta matarse
La verdad al entrever.
Y al campo vecino fueron
Uno tras otro irritados,
Y de celos abrasados
Van á morir con placer.
En vano Inés con sus ruegos
Trató contener su furia,
Solo recibió la injuria
De perjurá y desleal,
Y Diego al suelo la echó
Con un brusco movimiento,
Saliendo del aposento
Seguido de su rival.
Y quedóse sola Inés
Maldiciendo su destino,
Sin hallar ningun camino,
A impedir el duelo cruel.
Llora, maldice, se queja,
Y grita á los dos rivales,
Y en quejidos desiguales
Lanza del pecho la hiel.
En vano la vieja dueña
De aliviarla trata, en vano,
Que mas se aumenta el insano
Dolor en su corazon.
«Dejadme llorar, Beatriz,
Le dice Inés á la dueña,
Que á llorar el mal enseña,
Nos dice bien la razon.
Callóse la dueña pues,
Y volvió á llorar la bella,
Y era digna la doncella
De interés por su dolor.
Vió volar sus esperanzas,
¡Ilusiones hechiceras!
Tristes y locas quimeras
De un mentido y falso amor!

III.

—Don Juan, ¡por Cristo reñid!
—Teneos, Don Diego.
—Nada!
O aqui sacais vuestra espada,
O sino vais á morir.
—Pero escuchadme.
—No cedo.
—Yo renuncio á mi esperanza.
—Defendeos sin tardanza
Que mas plazo no os concedo.!

--Pues que forzado á ello estoy
Reñiré, pero sin furia.

--A mi me basta la injuria
Y á vengirla aquí hora voy!
Esto Don Juan y Don Diego
En el campo se decían
Espada en mano los dos
Para arrancarse la vida.
Pues ambos balientes son,
Y bien lo sabe la villa,
Pero Diego mas que el otro
Furias su boca vomita.

Don Juan se niega á reñir
Dando razones prolijas,
Mas Don Diego de este modo
Con su contrario se explica.

--Vive Cristo que si vos
No reñís, Don Juan, ahora,
Aquesa lengua traidora
Pedazos haré, por Dios!

--Pero que saña en vos arde
Que me admira contra mí?

--Y lo preguntais así!
Por Dios, que sois un cobardel!

--Eso no! reñid, Don Diego,
Y probareis lo contrario
Hombre loco y temerario.

--Empezemos desde luego.
Y al punto los dos se embisten

Con furia y con osadía,
Sin cejar Don Juan un palmo.

Don Diego clavado lidia.
Un tajo sigue á otro tajo,

Y en el estoque la vista
Siempre fija de los dos

Signe de aquellos la pista.
Mas en vano ni uno ni otro

Tratan de acabar su vida,
Que la destreza esta en ambos

Con el valor repartida.
Mas lo que en destreza no

Le lleva Don Diego en ira
A Don Juan, que ya flaquea

Y su contrario va encima.
En lo mas encarnizado

Del combate, Diego inclina
La punta de su ancho estoque,

Dando lugar con malicia
A que Don Juan se tendiera,

Y apenas lo hizo, perdida
Fué por los aires su espada,

Y en el acto Diego aprisa
Tiró de la suya fiero

Y le tendió allí sin vida,
Ganando por la traición

Lo que no por bazarria.
Limpió la daga el traidor,

Y con faz torva, amarilla,
Contempló un rato el cadáver

Con diabólica sonrisa;

Luego embainó espada y daga
Y traspuso la colina.

IV.

Sola estaba Inés llorando
Sus infortunios y penas,
Cuando oyó cercano un ruido
La infortunada doncella.

Levantóse entristecida
Del asiento á ver quien era,
Y en el instante en el cuarto
Un hombre estaba con ella.

Lanzó un grito la infeliz,
Y al mismo tiempo « perversa »
Se oyó pronunciar al hombre
Que asido la hubo con fuerza.

Diego habló, respondió Inés
Entre aflijida y resuelta,
Y así los dos continuaron
Hablando de esta manera.

Diego.

Los cielos saben, muger,
El amor que te tenía

Y con una felonía
Has pagado mi querer.

Inés.

Diego, si fui debil yo,
Tu solo la causa has sido,

Tambien tu, diste al olvido
El amor que Inés te dió

Diego.

Cesa, ingrata, desleal,
No blasfemes, fementida,

Tu has amargado mi vida,
Tú, la causa de mi mal

Por tí á Don Juan he matado,
Por tí asesino yo he sido,

Por tí, muger, fementido
Sangre humana he derramado!

Inés.

Le mataste!

Diego.

Le maté!

Inés.

Asesino! y aún se atreve!

Diego.

Solo por tí he sido aleve,
Por tí venganza juré.

Y esa sangre derramada
Tu pagarás, maldecida,

Y pues pecaste atrevida,
Sufrir el castigo, menguada.

Y esto diciendo en su pecho
Hundió el acero su diestra

Huyendo de aquellos sitios
Donde á Inés dejó por muerta.

A. SIENRA Y L.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

UNA AVENTURA NOCTURNA.

CAPITULO I.

El sol acababa de ocultarse en una hermosa tarde de verano, cuando un joven algo bien parecido, y de semblante melancólico, se dirigía á pasos ajigantados hacia el paseo del Botánico. Llevábase allí la belleza mas que humana de una joven como de hasta diez y seis abríles fresca y lozana como una flor. Llegado que hubo al paseo, comenzó á buscar con ávidos ojos por todos lados el objeto de su cariño; y ya casi desconfiaba de encontrarle, cuando dijo para sí con regocijo: «ahí está.» Efectivamente; sentadas cada una en su silla, estaban la mamá y la hija, pues hay que advertir que la joven no se separaba nunca de su adorada mamá. Era esta una señora de 30 años; hermosa, fresca, de tez limpia y sonrosado color. Viuda á los pocos años de casada, quedábale todavía el germen del amor en su pecho, pues además de ser aun joven, era apasionada un si es no es del seco fuerte. Habíala flechado el galán que rondaba á su hija, y se las prometía muy felices ya de antemano, creyéndose, (y no sin fundamento) que solo por ella iba el joven al paseo.

Al divisar ambos al susodicho galán, exclamaron interiormente: «que interesante es» De suerte que el joven sin saberlo era el objeto de dos adoraciones codiciadas por algunos, pues la hija era lindísima, pero la madre.... ¡Oh! la madre era positivamente encantadora.

—¿Has visto al mocito de ayer? decia la viuda á la hija.

—No, mamá.

—¿No es verdad que tiene arrogante figura?

—Bah! no se la encuentro yo, dijo la niña; y mentía al decirlo, pues solo era una ficción: tanto le asustaba que su mamá se enterase que ya amaba al interesante joven.

—¿Conque no te gusta?

—A mí, no.

—Es extraño.

—¿Y por qué? contestó la joven: ¿no amamos muchas veces nosotras las mugeres á hombres con los que la naturaleza ha sido madrastra? ¿Y se les quiere menos por eso? No: porque el amor verdadero se enjendra con el amor, pero no fructifica si no hay semilla.

—Me has convencido, hija mia, dijo la madre sonriéndose.

A todo esto, nuestro hombre estrujaba entre sus dedos un billete amoroso que consigo llevaba, con la noble intencion de ponerlo en manos de la muchacha; pero además de ser un poco tímido, no habia ocasion tampoco para realizar tan arriesgada empresa. A la derecha de la muchacha habia otras personas sentadas, y por la izquierda solamente estaba desocupado el terreno. Largo rato anduvo vagando por detrás y por delante de ellas, hasta que armándose de valor dijose á si propio:

«Pues señor, audacia y adelante.»

Y se fue con mucha impavidez derecho al sitio que en la izquierda y junto la mamá se hallaba desocupado. No carecia el joven de algun valor aunque poco ciertamente, sin embargo de ser bastante corrido como vulgarmente se dice; así es que á la primera ocasion oportuna que tuvo, zafó entabló la conversacion siguiente con madre é hija.

—Señora, exclamó dirigiéndose á la madre: V. dispensará que me tome esta libertad, pero la he oido nombrar á Cádiz y desearia saber si ha estado V. allí.

—Y qué puede interesarle á V. el que yo haya ó no estado, caballero? contestó la viuda con una voz tan dulce que enmurmuraba oírlo.

—Señora, contestó el joven; desearia saberlo.

—Pues bien, no he estado.

—Usted me dispensará: se parece V. tanto....

—¿A quién?

—A una joven que conocí allí....

—¡Vaya! ¿Y me equivocáis con ella á mí? ¿Pues no veis criatura que yo no soy ya joven, sino vieja?

—Os chancceis, señora. ¿Vieja V.? Por mi vida que si todas las viejas preexistentes en Madrid se os parecieran, adios, jóvenes todas.

—Sois muy lisongero.

—V. sabe que la lisonga es nula al lado de V. teniendo esos ojos y ese rostro: ¿qué mas lisonga que eso? exclamó el joven con refinada galanteria, pues ideó, y lógicamente, que enamorando á la madre conseguiria el cariño de la hija.

—¿Con qué ha estado V. en Cádiz? preguntó la viuda eludiendo la cuestion entablada.

—Si señora, y pasé á América desde allí.

—¡Hola! ¿Ha estado V. en América? ¿Y qué le ha parecido á V. el mar? Dicen que es una cosa que causa la admiracion mas profunda....

—Ciertamente, señora, que el mar causa admiracion y todo cuanto hay que causar. Quien ha visto el mar no puede menos de creer en Dios materialmente hablando.

—¿Tanto os ha entusiasmado?

—Señora.... me ha petrificado, me ha cambiado totalmente. ¡Si supierais las noches que yo pasaba sobre el costado del buque contemplando aquel espejo tan admirable de la mar; aquellas exhalaciones fosfóricas, rápidas como el pensamiento; aquel murmullo lento y acompasado de las olas estrellándose en los costados de la nave.... ¡Oh, para mi tenia tantos encantos!

—Lo pintais de una manera....

—¿Y cuando la noche retiraba su negro manto? ¿Cuando el crepúsculo de la mañana alboraba el Orizonte, y poco á poco veia salir del centro de la mar, (tal parecia) el rubicundo sol dando vida á aquel cuadro tan sublime de la naturaleza? Jamás se

LA BERLINA.

A MI AMIGO D. JUAN JOSÉ BUENO.

SONETO.

Pulsa, vate, otra vez, la maga lira,
Que el ispalense con placer oyera,
Cuando cantó de paz (1) la hermosa era
Y de la muerte en lo pasado (2) el ira.

A Sevilla (3) cantaste, ella te admira,
Y ansiosa y muda tu cancion espera;
El mismo cielo que inspiró á Herrera,
El mismo cielo azul, tu mente inspira.

Suene tu lira y del Olimpo el coro
Aplaudirá sus sonos acordados
Con entusiasmo y con placer profundo,
Y al escuchar tu cántico sonoro
Coronas de laurel por todos lados,
Arrojará á tus pies confuso el mundo.

JUAN JACOBO DE FUENTES.

UNA LAGRIMA A UN RECUERDO.

SONETO.

No te avergüences, sal, lágrima ardiente
Fundida en el crisol de la amargura,
No te detengas, sal, sublime hechura
Del sello del dolor que está en mi frente.

Agua que brota el corazón doliente
A fecundar la que en mi pecho aun dura,
La fe del corazón que en el fulgura,
Fé que no ajó el dolor, ¡ay! inementemente.

Las creencias en mí no se apagaron,
Y si lamento mi ilusión perdida
Con llanto de dolor, no es á su gloria.
Lloro las que creí y marchitaron,
Que el amor que ilusión brindó querida,
Solo conservo de él, triste memoria.

A. SIERRA Y L.



Sin la viñeta
Es imposible,
Aunque sensible,
Berlina dar.
Y en cambio damos
Buenos, completos,
Cuatro sonetos
Que han de gustar.

A. J... C...

SONETO

Amarte ha sido mi ilusión primera
Desde que vi tu celestial semblante:
Mi pensamiento desde aquel instante
Fué entregarte, muger, el alma entera
Ay! que tu vista para mi hechicera
Fué un vertigo cruel, pues delirante,
Ciego corría por el mundo, errante
Buscando el corazón que en ti pusiera,
Mas todo ya acabó...! fatal vacío
El corazón encuentra...! nada aguarda...!
No es destino fatal, responde, el mío?
Venga la muerte pues; por qué se tarda?
¿Qué puedo ya esperar?-- solo la muerte...!
Porque imposible me es a borrecerte.

FAUNO.

- (1) Oda
- (2) Silva
- (3) Canto épico

AL SOL.

SONETO.

Rasga del cielo el manto tenebroso,
Y sale el Sol en la mañana pura
Desplegando su roja vestidura,
Dando á la tierra un fuego luminoso;
Y en diamantino coche esplendoroso
En marcha audaz recorre la ancha altura,
Dando su viva luz á la natura
En rayos mil de su poder grandioso
¡Oh tu, padre del día refulgente!
Deten tu marcha bella, magestuosa,
Y antes que ocultes tu radiosa frente,
Deja que admire de tu faz grandiosa
Esa luz que derramas tan ardiente,
Y dime á quien le debes tu potencia
Y á quien ese volcan, esa ecstasencia.

SILENO.

MADRID: IMPRENTA DE D. FERNANDO DE CASA-NOVA.

Calle de la Ballesta número 4 cuarto principal.